

OBJETO Y FIN DE LA UNIVERSIDAD^(a)

El objeto de toda educación debe ser de favorecer el desarrollo armónico de la personalidad. La creación de un tipo dado, por excelentes que sean sus características, podrá tener una utilidad inmediata, pero será perjudicial a largo plazo. La riqueza de una comunidad, tanto en lo material como en lo espiritual, está en relación con la diversidad de sus individuos, mientras se conserve entre ellos la armonía. Sin duda la enseñanza debe ser en parte doctrinaria, por cuanto es su función dar al hombre las cualidades y aptitudes que lo harán un miembro útil de una sociedad, en la cual debe existir un cierto grado de uniformidad y de acuerdo entre sus componentes (b). Por otra parte, es humanamente imposible hacer una enseñanza absolutamente imparcial y objetiva cuando va dirigida a niños en pleno período de formación (c); toda enseñanza debe despertar el interés del educando y sólo puede hacerlo hablando a los sentimientos y aún a las pasiones de los niños. Sólo más adelante, cuando se ha adquirido cierto grado de madurez, es posible escuchar la voz de la razón pura sin adulteración sentimental. Esta transición es por fuerza gradual, pero debe haberse completado al llegar a la Universidad, en ésta el docente debe dirigirse exclusivamente al intelecto, su objeto no es cultivar el carácter, éste ya debe estar formado, sino cultivar la inteligencia (d).

En la educación primaria y secundaria la enseñanza doctrinaria puede ser eficaz. No es esto ninguna novedad.

La Iglesia católica lo sabe y lo practica desde hace siglos; hoy en Italia y en Rusia dos regímenes nuevos han puesto sus esperanzas de perdurar, en la nueva generación y la educan doctrinariamente con un vigor exaltado. Pero la uniformidad debe tener un límite. Una comunidad constituida por individuos estereotipados, aún cuando estén admirablemente adaptados a circunstancias determinadas, no padece sólo de monotonía, sino de algo más grave aún, su capacidad de adaptación está reducida, sus probabilidades de sobrevivir cuando ocurran las modificaciones que fatalmente suceden, están disminuidas y todo cambio ocasiona serios trastornos y conflictos. Una sociedad monótona carece de esa elasticidad esencial al equilibrio dinámico que es la vida y se acerca al equilibrio estático que es la muerte. En ningún momento la enseñanza debe impartir esa rigidez, la meta anhelada por los entusiastas de todos los sistemas. La enseñanza no debe ser propaganda, sino educación, no es su objeto imprimir un sello determinado en todos los individuos, sino el de hacer florecer las cualidades deseables de la personalidad y que forzosamente varían de uno a otro.

La enseñanza primaria ha cumplido sus fines cuando ha abierto los ojos del niño al mundo que lo rodea, cuando le ha mostrado los hechos fundamentales que le dan su posición en el Universo y lo ha provisto de las técnicas indispensables para el trato con sus semejantes. Pero hay un paso más, la formación de un individuo culto. El ideal, inalcanzable tal vez, de la Democracia, ha sido que todos los miembros de la sociedad pudieran abordar por sí mismos, no sólo sus problemas personales, sino también los de interés común, de ahí sus afanes por la educación popular. Solamente individuos cultos pueden proceder por cuenta propia, por eso una Democracia sólo puede tener éxito si está constituida por estos individuos, lo cual hasta ahora ha sido una utopía. Esto no obsta para que se pueda seguir un camino que conduzca a ese ideal.

En primer término, es necesario ponerse de acuerdo sobre el significado del término «cultura». Ortega y Gasset afirma que la cultura es «el sistema de ideas vivas que el tiempo posee». «Esas que llamo ideas vivas, o de que se vive son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones, cuales son más estimables y cuáles son menos» (1). De acuerdo con este concepto, la cultura es semejante a la fe, desde que es una convicción sobre el valor de las cosas (e). Para otros la cultura es una manera de ser. «La cultura es actividad del pensamiento y receptividad a la belleza y a los sentimientos humanos» (2). El hombre culto vive en el mundo de las ideas, pero no las acepta pasivamente. Si las ideas del Siglo son admitidas sin crítica, aún cuando con entusiasmo, a lo más habrá erudición y la apariencia de la cultura, en el fondo se carecerá de ellas. No basta saturarse de los términos a la moda y usarlos con más o menos propiedad; no basta conocer los últimos descubrimientos de la ciencia, ni las especulaciones de los filósofos más en boga, para ser culto. Eso es estar «á la page», como dicen los franceses, estar en el movimiento de las ideas, sin pertenecer necesariamente a ese movimiento, sino como una cosa extraña y a merced de todas las corrientes. El hombre culto se da cuenta, en primer lugar, de la base sobre la cual se apoya una afirmación, la prueba que posee de que sea verdad. Esta puede ser la certeza física o metafísica o bien simplemente un testimonio fidedigno, pero el hombre culto no repite mecánicamente, sin comprender su significado, una afirmación cualquiera, a lo mejor proveniente de un charlatán, simplemente porque

(1) ORTEGA Y GASSET, J. *La misión de la Universidad*.

(2) WHITEHEAD, A. N. *The aims of education*. Williams and Norgate, London, 1929.

viene expresada en palabras sonoras y despierta una sensación vaga de placer. La idea forma parte de su ser, es «carne de su carne», le pertenece sólo después de un arduo proceso de elaboración, semejante al proceso por el cual toma materia del medio ambiente para con ella crear su ser físico, dotándolo de esa individualidad propia que lo caracteriza y lo diferencia de los demás seres.

Mientras no ha asimilado la idea, no comercia con ella, «ser culto es en cada orden remontarse a la fuente y beber en ella en el hueco de la propia mano, no en una copa prestada» (*). El hombre culto se da también cuenta de la importancia, de la jerarquía de una idea o de un hecho, no confunde lo trascendente con lo trivial, ni toma por original lo simplemente novedoso. Para esto es necesario cierto grado de información, pues establecer jerarquías quiere decir comparar; pero la mera información por vasta que sea, no significa cultura. Esto ha sido tan bien comprendido y expresado tantas veces, p. ej. en el ensayo de Whitehead ya citado y en el capítulo «Knowledge viewed in relation to learning» del libro de Newman (*), que parecería inútil volver a insistir sobre una verdad tan conocida. Sin embargo, la comprensión no es tan real como aparenta serlo, pues se defienden conceptos de cultura y procedimientos de adquirirla que están en pugna con el aquí sostenido. Más, la enseñanza secundaria de nuestro país y los llamados movimientos culturales, se hacen basados en el concepto de la identidad de la información con la cultura, mientras en realidad aquella sólo es un medio por el cual se puede llegar a ésta.

Nuestra enseñanza secundaria es enciclopédicamente informativa y por lo tanto superficial. Este proceder va en contra de los dos principios que, según Whitehead, deben ser fundamentales en la enseñanza: «No enseñar de-

(*) ALAIN. *Propos sur l'éducation*.

(*) NEWMAN, J. H. *Idea of a University*. Loughman & Co.

masiadas materias y lo enseñado debe serlo en forma completa». El primero es también defendido por Ortega y Gasset en su obra mencionada con el nombre de Principio de la economía en la enseñanza, es decir que se debe enseñar sólo lo que se puede aprender. Desgraciadamente el mismo autor cae en el error de propiciar métodos contrarios a este principio. ¿Puede acaso enseñarse la cultura por medio de cursos especiales, o en una Facultad de Cultura? Así lo sostienen Ortega y Gasset y quienes lo acompañan en sus ideas. Así también lo creen las Asociaciones culturales dedicadas a dar conferencias sobre los más variados tópicos o auditorios no seleccionados.

«La función primaria y central de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales. Estas son: 1º La imagen física del mundo (Física); 2º Los temas fundamentales de la Vida Orgánica (Biología); 3º El proceso histórico de la especie humana (Historia); 4º La estructura y funcionamiento de la Vida Social (Sociología); 5º El plano del Universo (Filosofía)» (5). Llevar a término y a conciencia un programa semejante, es tarea prácticamente irrealizable, pues entraña el dominio de la totalidad de los conocimientos humanos. Ortega y Gasset indica la forma de realizarlo cuando dice que se «debe espumar de la Ciencia lo vitalmente necesario para integrar nuestra existencia». El profesor universitario debe ser, según él, un sintetizador, siendo su tarea la de exponer en forma clara y amena por medio de «vigorous síntesis», el estado actual de los conocimientos en las distintas ramas del saber. De acuerdo con este criterio, los cursos universitarios deberían ser semejantes a los admirables libros de James Jeans sobre la estructura del Universo, pues estos responderían a las necesidades del curso de Física de la Facultad de Cultura.

El alumno egresado de semejante escuela, podría estar

(5) ORTEGA Y GASSET, *loc. cit.*

bien informado, pero no sería un hombre culto, pues habría recibido una enseñanza por fuerza doctrinaria. Al carecer de los medios para criticar las afirmaciones aprendidas, por ignorar las bases de esas afirmaciones, no puede saber hasta qué punto se aproximan a la verdad; debe aceptarlas como el maestro se las entrega y atribuirles el valor que él les da, sólo podrá establecer jerarquías de segunda mano y por ser prestadas sus ideas, hablara siempre «por boca de ganso».

El alumno que cursara una escuela así concebida, sería moldeado de acuerdo a un patrón tanto más rígido cuanto mejor haya sido la enseñanza impartida, es decir cuanto más eficaces fueron los profesores en imprimirle las ideas del Siglo. Desde este punto de vista es beneficiosa la ineficacia de nuestro profesorado secundario, pues si no lo fuera podría darse el caso de que a nuestros bachilleres se les hubiera implantado prejuicios difíciles de arrancar, mientras que ahora, si bien salen del colegio sin ideas propias, se ven libres de prejuicios artificialmente cultivados. Y esto tiene su importancia, pues las «ideas del Siglo» ya no duran un siglo, ni siquiera una generación. La visión del Universo en boga en 1900 era bien distinta de la que estaba de moda en 1925 y no es necesario ser profeta para darse cuenta que en 1950 la diferencia será aún más acentuada. El «quantum» doctrinario indispensable en la educación, no puede consistir en novelorías; debe, por el contrario, reducirse a aquellas verdades conquistadas definitivamente y que se han admitido y se admitirán en todo tiempo.

El objeto de la enseñanza secundaria es la de formar hombres cultos; esta tarea no puede demorarse hasta el ingreso a la Universidad. La educación debe llegar hasta la adolescencia para la mayor parte, la casi totalidad de los individuos de una sociedad civilizada, y ahí debe terminar; sólo una minoría seleccionada, por estar provista de mayor capacidad intelectual, podrá seguir más

lejos. Esto no quiere decir que a los 17 o 18 años un joven que haya cursado el colegio secundario deba ser un producto acabado de una cultura completa. El colegio debe haberlo provisto del deseo, de los hábitos y de los medios técnicos necesarios para llegar a la cultura íntegra; debe haberlo puesto sobre el camino y haberle dado los medios para progresar y llegará a ser culto por su propio esfuerzo. El «leitmotiv» de todo proceso educativo es este: El estímulo y la dirección del propio esfuerzo.

La enseñanza universitaria o superior es un privilegio que se debería conceder exclusivamente a los capacitados, cosa que hoy no sucede. En nuestro país ningún medio asegura el goce de este privilegio a quienes teniendo condiciones intelectuales carecen de medios económicos. En otros países el camino de la Universidad está al alcance del pobre, como lo estuvo en su origen medioeval. Existen numerosos recursos para ayudar a quien posee la inteligencia para aprovechar la enseñanza universitaria (*). En todas partes, sin embargo, el individuo económicamente privilegiado no encuentra grandes dificultades para ingresar y permanecer en la Universidad, aunque no tenga las aptitudes intelectuales necesarias. En nuestro país se resisten tenazmente todas las medidas que tratan de remediar esta injusticia; toda selección se combate con los argumentos más variados y, en cambio, nadie se preocupa de la creación de bolsas para estudios, de becas y otros medios de ayuda del estudiante pobre. No se sostiene aquí que la enseñanza universitaria deba ser gratuita. Ya que la sociedad deriva un beneficio grande de sus universitarios, está bien que ayude a costear su formación, pero ya que la enseñanza universitaria es un privilegio, con

(*) En Estados Unidos durante el año 1933-34, sobre 77 escuelas de medicina. 46 tenían becas y 57 tenían fondos para préstamos con objeto de auxiliar a estudiantes meritorios carentes de recursos. Sobre un total de 22.779 estudiantes 2.373 recibieron ayuda en una u otra forma. (J. Am. Med. Asoc., 1934).

la organización económica actual, los privilegiados deben también contribuir a su costeo.

¿Cuál es el objeto de esta enseñanza superior? Según Flexner⁽¹⁾, las cuatro funciones principales de la Universidad son: a) la conservación de los conocimientos y de las ideas; b) la interpretación de los conocimientos y de las ideas; c) la búsqueda de la verdad; d) el entrenamiento de los jóvenes para asegurar la continuidad de esta tarea. Puede resumirse este concepto diciendo que la función de la Universidad es el pensamiento original, la búsqueda del saber, la penetración en lo desconocido. (f)

No es este un concepto universalmente aceptado. Newman (loc. cit.) considera a la Universidad como a «un lugar donde se enseñan los conocimientos universales». Para él las Academias y los institutos especiales son sitios más apropiados para investigar la verdad y cita a Gerdil para exponer con mayor claridad su manera de pensar. «No es que haya una verdadera oposición entre el espíritu de las Academias y el de las Universidades; sólo son dos puntos de vista diferentes. Las universidades se han establecido para enseñar las ciencias a los *alumnos* que desean formarse; las academias se proponen efectuar *nuevas* investigaciones». Este concepto ha sido de nuevo sustentado entre nosotros en proyectos tendientes a separar la investigación científica de las tareas universitarias, destinándole institutos especiales. Ortega y Gasset y quienes lo siguen, también creen que la Universidad no tiene como misión esencial la investigación, sino que ésta debe estar al margen de la misma.

La Universidad, sin embargo, no puede desempeñar sus múltiples funciones sin que su principal preocupación sea la investigación de la verdad, el descubrimiento de lo ignorado. La misión docente de la Universidad consiste en

(1) FLEXNER, A. *Universities, American, English, German*. Oxford University Press. 1930.

adiestrar la mente del alumno en la técnica del pensamiento original. El estudiante universitario «se pone a la par en alguna materia del saber acumulado por el pasado; desarrolla y aumenta su propio poder y adquiere el dominio de ese poder» (*). Seguramente esto no se conseguirá haciéndolo el receptáculo de las ideas más en boga por medio de «vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber» (Ortega y Gasset, loc. cit.). El método consistirá en plantearle al alumno problemas, haciéndolo trabajar en resolverlos para que él llegue a su solución. De paso y necesariamente se informará, irá adquiriendo conocimientos, pero a estos los va incorporando y haciéndolos parte de su equipo mental, le pertenecen pues los ha asimilado. El estudiante universitario es así un investigador, pues el mismo Ortega dice: «Ciencia es solo investigación: plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución». No se trata de que todos los alumnos sean transformados en hombres de ciencia, sólo una mínima parte seguirá ese camino, porque sólo lo harán quienes tienen la vocación para ello. De esto se arguye que debiendo dirigirse la enseñanza al término medio y no a las excepciones, la enseñanza no debe ser científica. Pero esto es confundir el problema, es necesario que todo universitario adquiera el hábito del razonamiento objetivo y preciso, es decir, científico aún cuando no se dedicará a la ciencia, de otro modo no podrá cumplir debidamente sus funciones sociales y aún profesionales.

El espíritu científico debe ser el fundamento de la Universidad y debe impregnarla toda como un jugo nutritivo. Se entiende aquí por ciencia, no solamente a las ciencias exactas y naturales, a las matemáticas, la física, la química, sino «al conocimiento cierto de las cosas por sus principios y sus causas», de acuerdo con la definición de la Academia. La Universidad tiene por campo de

(*) ELIOT, C. W. *Educational reform*.

acción todo el saber humano y aún lo desconocido, pero sería absurdo pretender que un mismo individuo lo abarcara en su conjunto. La actividad del universitario no debe extenderse en superficie, sino en profundidad, no debe tanto saber mucho, sino debe saber bien. Esta afirmación inmediata hace surgir el fantasma del especialista conocedor hasta en el último detalle de un aspecto limitadísimo del saber e ignorante en absoluto de todo lo demás. Eso no es saber bien, pues ese especialista no conocería la jerarquía de su ciencia ni su relación con el resto del universo. Es más, sólo se llega a esa deformación monstruosa por una mala enseñanza, pues al aprender el método de la investigación original, se aprende el método del pensamiento original y ya no es posible caer en el error de la especialización engegcedora.

El espíritu científico es de importancia fundamental para que la Universidad desempeñe su función trascendente de ser el lecho fecundo del pensamiento humano. «La investigación es, por lo menos, tan importante como la educación cuando consideramos las funciones de la Universidad en la vida de la humanidad. Los conocimientos nuevos son la causa principal del proceso y sin ellos el mundo pronto se estacionaría»^(*). ¿Y no es acaso eso lo que se espera de los universitarios, que sean los factores del progreso de una sociedad? A ellos puede exigírseles el espíritu de iniciativa que introduzca las mejoras que todos anhelan, a ellos los conocimientos que las hagan realizables. Pero «la persecución del conocimiento si es utilitaria, no puede sostenerse a sí misma. El conocimiento utilitario necesita ser fertilizado por la investigación desinteresada, que no tiene otro motivo que el deseo de comprender mejor al mundo. Todos los grandes adelantos son al principio puramente teóricos y sólo des-

(*) RUSSEL, B. *Education and the good life*. Boni and Liveright 1926.

pués se halla la aplicación práctica» (10). Poincaré (11) hace notar que «basta abrir los ojos para ver que las conquistas de la industria que han enriquecido a tantos hombres prácticos, jamás habrían visto el día, si sólo hubiesen existido hombres prácticos, si no hubiesen sido precedidos por locos desinteresados, que han muerto pobres, que nunca pensaron en lo útil y que, sin embargo, tenían por guía algo más que el capricho. Estos locos, como lo ha dicho Mach, «han ahorrado a sus sucesores el trabajo de pensar».

Los argumentos utilitarios en defensa de la búsqueda desinteresada de la verdad, son, sin embargo, de orden inferior. Es verdad que el deseo de saber ha hecho del hombre el rey de la naturaleza, le ha dado un poder no igualado por otra especie, pero no en vano se le ha denominado *Homo sapiens*; el deseo, más la necesidad imperiosa de saber, es su característica saliente y así se ha reconocido en todos los tiempos. Cicerón, al enumerar las cualidades de la excelencia mental, considera como la primera la persecución del saber por el saber mismo. Y Russel hoy mismo afirma que «aún cuando una espléndida teoría nunca tuviera utilidad práctica, conserva un valor propio porque la comprensión del mundo es uno de los grandes bienes» (12). Es cierto que esta actitud ha sido una flor de la aristocracia económico-social y hoy como en la Roma antigua, hay Catones que la censuran porque desvía a quien la adopta a un camino aparentemente egoísta, sin darse cuenta que sus frutos son los más preciosos que el hombre puede alcanzar. No hace mucho en una reunión de hombres de ciencia en Estados Unidos, el presidente de ese Congreso afirmó que una ciencia sólo tenía derecho a ser cultivada en cuanto prestaba utilidad; la ciencia por la ciencia era una máxima egoísta que debía ser desterrada

(10) RUSSEL, B. *Ibid.*

(11) POINCARÉ, H. *La valeur de la Science.*

(12) RUSSEL, B. *Ibid.*

para siempre. A tales extremos se llega cuando se clava la vista en la tierra y se rehusa mirar al cielo. Por el contrario, a medida que el hombre va solucionando los problemas angustiosos que impone el vivir, podrá cada vez más dedicarse a la persecución desinteresada de la verdad y cualquiera sea el régimen económico-social, tratará de satisfacer, sobreponiéndose a los obstáculos que se lo impidan, la necesidad que tiene de mirar al cielo.

«Si queremos libertar al hombre cada vez más de las preocupaciones materiales, es para que pueda emplear su libertad reconquistada en el estudio y la contemplación de la verdad» (13). En esta frase está admirablemente expresada la interpretación que un universitario da al «*Primum vivere, dein philosophare*». Asegurar la vida física, pero no como fin, no tomar como objeto último el goce de los sentidos, eso sería bestial y propio de seres irracionales; asegurar la vida física para poder vivir la vida del espíritu y ésta es sin duda la mejor parte, la parte de María según la lección evangélica.

Si bien son grandes los beneficios que la investigación científica ha dado a la humanidad, el concepto utilitario no ha sido su *primum moveus*. El investigador podrá sentirse impulsado por el deseo de ser útil, de conquistar la gloria, de obtener alguna remuneración, pero aquello que realmente lo mueve es la curiosidad de saber. La contemplación de la verdad recién adquirida produce una satisfacción intensa pero pasajera; la naturaleza del hombre es tal que necesita siempre contemplar nuevos horizontes. El salmista ha dicho: «*Lex Domini immaculata . . . Desiderabilia super aurum et lapidem pretiosum multum: et dulciora super mel et favum. Etenim servus tuus custodit ea, in custodiendis illis retributio multa*» (14) y lo mismo es aplicable a la investigación científica; en sí

(13) POINCARÉ. H. *Ibid.*

(14) Salmo 118, II.

misma tiene su mejor recompensa, en el placer que produce la lucha con lo desconocido, en el esfuerzo para vencer los obstáculos que la naturaleza nos brinda. Voit, ese gran investigador, lo ha expresado con toda claridad: «El mayor placer de quienes están sumergidos en el trabajo y han podido encontrar nuevas verdades y comprender las relaciones entre los hechos, está en el trabajo mismo». Muchas veces el problema, una vez resuelto, deja de interesar a tal punto que se le considera sin importancia, no merecedor de ser comunicado, mientras que el proceso de la solución puede haber entusiasmado y aún torturado al investigador. Esta última actitud es, sin embargo, un extremo, ejemplificado en Leonardo de Vinci, quien pasó la vida casi ajeno a la existencia de sus contemporáneos. El investigador suele por el contrario regocijarse y con la exclamación Eureka, compartir con otros la verdad por él hallada.

Es función primordial de la Universidad mantener este espíritu y capacitar a quienes lo poseen para satisfacer la necesidad que crea. Así lo comprendieron aquellos peregrinos recién llegados a una tierra áspera y dura, pero amorosa y fecunda para quienes la conquistaron; y la Universidad de Harvard nació de ese espíritu como lo testimonia su acta de fundación: «After God had carried us safe to New England and we had builded our houses, provided necessaries for our livelihood, reared convenient places for God's worship and settled the civil government, one of the next things we longed for and looked after was to advance learning and perpetuate it to posterity, dreading to leave an illiterate ministry to the Churches, when our present ministers shall lie in the dust». En medio de una ardua lucha por el «*primum vivere*» y a pesar de dificultades extraordinarias, quienes escribieron esas palabras no olvidaron el «*dein philosophare*»; lo anhelaron cada vez con mayor intensidad y temieron que no hubiera siempre quienes no sólo man-

tuvieran sino también acrecentaran el brillo de la verdad trascendente.

Se ha sostenido que la investigación científica en la universidad perjudica a la tarea docente sin redundar en beneficios para el progreso científico. Se ha argüido que las condiciones docentes no son las propias del investigador y más aún, hasta cierto punto se excluirían unas a otras, pues «sólo por excepción se reunirían esas dos posibilidades (ciencia y docencia) en el maestro» (15). La experiencia demuestra todo lo contrario: los grandes maestros han sido y son los grandes investigadores. Se podrían mencionar nombres ilustres como el de Pasteur y tantos otros, pero esto no demostraría en forma concluyente la verdad de lo que aquí se sostiene, como lo hacen otros hechos. La mayor parte de los progresos científicos son el resultado de trabajos hechos en las universidades; esto ocurre ahora y ha ocurrido en todos los tiempos. Han existido, sin duda, hombres que trabajan en forma solitaria como lo ha hecho Darwin, pero en general, aún aquellos que investigan fuera de la universidad, en institutos especiales, adoptan el método universitario; reúnen a su alrededor un grupo de discípulos, les enseñan y los entrenan en el método científico a medida que efectúan sus descubrimientos.

La investigación científica no es menos ventajosa para las universidades; sus épocas de brillo y de fecundidad coinciden con la presencia en sus cátedras de grandes investigadores, y las de decadencia, por el contrario, con la ausencia de éstos. A mediados del siglo pasado, París era la meca de los estudiantes de medicina, en ninguna otra parte se aprendía como ahí, sus profesores formaban la vanguardia de la investigación científica en medicina. A principios de este siglo, Berlín y Viena se disputaban

(15) LO VALVO, J. *El problema universitario del profesionalismo y la investigación.*

ese título, sus profesores de entonces eran investigadores brillantes y a ellos se deben descubrimientos de incalculable valor. A fines del siglo pasado Inglaterra vió un resurgimiento en sus clásicas universidades de Oxford y Cambridge, sumidas largo tiempo en el marasmo, sus aulas concurridas sólo por los hijos de una clase privilegiada. Este renacimiento que hoy persiste con extraordinario vigor, coincide con la ocupación de sus cátedras por investigadores ilustres; en la Universidad de Cambridge solamente, se han repartido una media docena de premios Nobel. A esas universidades concurren ahora alumnos ansiosos de saber, provenientes de todas las clases sociales y de todo el mundo; ya no se va a esas universidades sólo porque es de buen tono hacerlo, y cada día constituye una minoría más insignificante quienes lo hacen principalmente por ese motivo.. En Estados Unidos, Harvard se rejuveneció bajo la presidencia de Eliot (1869) y John Hopkins se organizó bajo la de Gilman (1876) con la base de profesores dedicados a la investigación. El desarrollo vigoroso de ambas instituciones ejerció una influencia decisiva sobre la vida universitaria americana y sobre el progreso del país.

No se niega aquí que la investigación puede hacerse fuera de las universidades, sería absurdo hacerlo; ni tampoco que un docente puede ser útil a la universidad sin ser investigador, siempre que este forme parte de un ambiente científico y viva inspirado por otros que dan el tono y crean la atmósfera científica. Si, en cambio, los investigadores están al margen de la universidad y su enseñanza está dirigida y ejercida por repetidores, esta forzosamente será doctrinaria y de segunda mano. La universidad no podrá en estas condiciones desempeñar su misión.

Whitehead (loc. cit.) expresa muy bien este consorcio indisoluble de la docencia y la investigación: «La imaginación no puede ser adquirida de una vez y para siem-

pre y luego guardada indefinidamente en la cámara frigorífica para ser producida periódicamente en cantidades determinadas. La vida de la imaginación y del saber es una manera de vivir y no un artículo de comercio. Es para proveer y utilizar estas condiciones necesarias a un cuerpo docente y eficaz, que se reúnen las dos funciones de educación y de investigación en una universidad. ¿Queréis que los profesores sean inventivos? Estimuladles a que investiguen. ¿Queréis que los investigadores sean imaginativos? Ponedlos en simpatía intelectual con los jóvenes en el período más imaginativo, más ardiente de la vida, cuando el intelecto comienza a entrar en las disciplinas maduras... La educación es la disciplina para la aventura de la vida. La investigación es la aventura intelectual; las universidades deben ser los hogares de la aventura compartida por jóvenes y viejos».

El maestro universitario tiene por obligación llevar a sus discípulos a lo ignorado para ellos, aunque el campo sea ya conocido, siguiendo el mismo método empleado en el descubrimiento original, porque así llegará pronto el día en el cual el discípulo lo acompañará un paso más lejos y se internará con él ahí donde nadie ha penetrado. Viviendo el maestro su vida para la búsqueda de la verdad, inspirará el mismo anhelo en sus discípulos y cumplirá así la función docente jerárquicamente más alta, la formación de nuevos investigadores.

No es éste, sin embargo, el único fruto de un ambiente preocupado en primer término y en forma apasionada, por el descubrimiento de la verdad. Quienes viven en este ambiente adquieren dos hábitos intelectuales de gran valor: el hábito del esfuerzo intelectual y el hábito de la honestidad intelectual.

El universitario bien formado está acostumbrado a pensar por cuenta propia, no necesita recurrir a otros para que lo provean de ideas ya elaboradas. Por el contrario, desprecia este proceder, no acepta afirmaciones

sin conocer sus bases, su inteligencia es característicamente una inteligencia crítica y nunca está a la merced de cualquier charlatán o mercader de ideas baratas. Y porque posee el hermoso instrumento que le permite el pensamiento original, lo usa y encuentra placer en ello. Frente al hecho desconocido no queda desconcertado, su aprendizaje le ha enseñado a encarar los problemas objetivamente, los estudia en forma racional, trabaja en resolverlos y se da cuenta del valor de la solución hallada, de su mayor o menor aproximación a la verdad. Y así se ilustra cada vez más, no sólo en los libros de su biblioteca, sino también y más aún en los hechos de la vida.

«La vida no puede esperar a que la ciencia le explique científicamente el Universo», dice Ortega y Gasset (loc. cit.). Es verdad que el hombre no puede vivir a la intemperie espiritual mientras la ciencia le edifique una mansión que por otra parte no se acaba de terminar. Pero no tiene el derecho de explicarse el Universo de acuerdo con su imaginación, sus deseos o sus prejuicios. Lógicamente se construye una choza, pero debe verla tal cual es, debe saber que su sistema es teoría, cuales son los hechos que le apoyan, cuales son sus deficiencias y tener bien presente que eso no es la verdad inmutable. Ese es el único procedimiento intelectualmente honesto y ese sólo se sigue cuando se ha adquirido el hábito del razonamiento objetivo, es decir, científico. La mentalidad universitaria se puede equivocar, porque el error es condición humana, pero no se satisface con el error, no acepta anodinos para su inquietud, así como el funcionario honesto no acepta coimas. Es discutible que haya aumentado la demanda de una mayor honestidad intelectual, como lo afirma Bridgman⁽¹⁶⁾, pero

(16) BRIDGMAN, P. W. *The struggle for intellectual integrity*. Harper's Magazine. Dic. 1933.

es indudable que el predominio de una disciplina científica en la educación aumentará esa demanda, mientras que una enseñanza enciclopédica, por fuerza superficial, conducirá a la confusión y decadencia mental.

La existencia en una sociedad, de hombres caracterizados por la actividad y la honestidad de su pensamiento, es para ella de importancia trascendente. En pocos países hace tanta falta como en el nuestro, en pleno período formativo y en pocas épocas como la actual se hace sentir esa falta, cuando pasa por el mundo una ola irracional que predica la pasión y la violencia. Al final la idea triunfará, porque la idea es la fuerza más poderosa que hay en el mundo y al intelecto debe el hombre su posición de rey de su planeta. «La carrera no es de los fuertes, ni de los veloces, sino de los sabios» (Gaswell). Al formar hombres de esta naturaleza, la universidad cumple una función de primordial importancia para la sociedad, la provee de sus cerebros pensantes, de sus dirigentes, de quienes marcarán los rumbos de los movimientos colectivos. «Las universidades son los centros naturales de los movimientos intelectuales», afirmaba Newman ⁽¹⁷⁾ muchos años después de haber desempeñado el papel más brillante en el «Oxford movement».

Esto no quiere decir que los hombres de estado deben tener el espíritu académico. Sólo en la República de Platón, es decir en condiciones utópicas, se puede concebir a los pueblos felices cuando sus reyes son filósofos o sus filósofos reinan. En las repúblicas del mundo real la pasión es un instrumento indispensable para la conducción de las multitudes, pues ilumina con intensidad el fin a alcanzar, pero al mismo tiempo echa en la sombra cuanto lo rodea. El hombre de ciencia debe ver las cosas en su integridad, su razón debe ser pura y libre de pasión, y esto, hasta cierto punto, inhibe la acción. Los grandes

(17) NEWMAN, J. H. *Apologia pro vita sua*.

caudillos de intelecto virgen de una educación verdaderamente universitaria, han sido y son, o bien seres puramente pasionales, tiranos, demagogos que conducen por conducir, sin saber ni importárseles a donde, son sensuualistas del poder; o bien hombres de inteligencia poco común, a quienes la pasión no ciega y pueden ver la verdad en medio de la lucha, a pesar de haber sido educados en su culto y de no habérseles enseñado la técnica del pensamiento que conduce a ella. Esto, que algunos estadistas de genio alcanzan por sus propios medios, la universidad debe dar a los hombres de gobierno: el hábito de buscar la verdad, el método para llegar a ella, la pasión de la verdad que encauzará y dará un fin a la pasión política.

La verdad puede alcanzarse por cualquier camino; hacia ella como hacia Roma todos conducen. Esos caminos son las técnicas, sin el dominio de las cuales nada puede realizarse. Ortega y Gasset ha puesto de moda entre nosotros el desprecio del por él llamado «técnico bárbaro», el técnico que sólo sabe su oficio. El ensalzar a este tipo de hombre más allá de sus méritos es un error, pero no lo es menor el despreciarlo. Es verdad que estos hombres no pueden guiar a la humanidad, pero sin ellos ninguna sociedad civilizada puede vivir, pertenecen al *primum vivere* y como tales merecen respeto. Merecerían desprecio, en cambio, los productos de «Facultades de Cultura» que de todo saben sin saber nada y sobre todo opinan sin tener opinión propia. Estos no pertenecen ni al *primum vivere* ni al *dein philosophare*; son seres peor que inútiles, perjudiciales porque cuando están provistos de algunas dotes naturales, son los falsos profetas que extravían a incautos e inocentes. Despreciar la técnica es señal inequívoca de inferioridad intelectual y por ende de falta de cultura.

En la universidad sólo cabe la enseñanza de las técnicas que habilitan para el descubrimiento original, es

decir las que adiestran la inteligencia. Estas técnicas habilitan al mismo tiempo para el desempeño de las profesiones llamadas liberales o letradas. Las universidades en su origen medioeval sólo daban enseñanzas y títulos honoríficos; el único privilegio o derecho que concedían era el de enseñar y sólo los «*Studium Generali*» tenían el «*jus ubique docendi*», es decir, el poder de licenciar para enseñar en cualquier «*Studium*» de la cristiandad. Sus doctores en filosofía, sin embargo, salían al mundo a desempeñar tareas profesionales para las cuales tenían conocimientos; los funcionarios de la Iglesia, los jurisconsultos, los médicos eran Doctores en una de las tres filosofías: la metafísica, la moral o la física. La preparación de hombres para desempeñar tareas útiles de una jerarquía superior, por la índole de los conocimientos que requieren y movidos por el deseo de servir antes que por el afán del lucro, ha sido siempre función de la universidad; se ha considerado con exactitud que en su seno se podían desarrollar las capacidades necesarias para este fin.

La enseñanza profesional puede hacerse en forma exclusivamente práctica, con el propósito único de impartir los conocimientos técnicos indispensables al ejercicio de la profesión. Este criterio está bien ilustrado por la siguiente frase de Ortega y Gasset (loc. cit.): «El médico tiene que aprender a curar y en cuanto médico no tiene que aprender más; para ello necesita aprender el sistema de la fisiología clásico en su tiempo; pero ni necesita ser, ni hay que soñar en que sea en serio fisiólogo». Si el estudiante sólo aprende los sistemas clásicos en su tiempo de las distintas disciplinas constituyentes de la medicina, nunca llegará a merecer el nombre de médico. Es bien sabido que en las escuelas de medicina sólo se puede adquirir una base sobre la cual el egresado edificará con los materiales de su experiencia ulterior. «La escuela médica no puede producir médicos plenamente capacitados; a lo sumo puede equipar a los

estudiantes con una cantidad limitada de conocimientos, entrenados en el método y el espíritu de la medicina científica y lanzarlos con un impulso que los hará estudiosos activos, — observadores, lectores, pensadores y experimentadores — durante los años venideros» (18).

Esto mismo puede afirmarse de cualquier profesión docta. Una enseñanza sistematizada, doctrinaria, no da esa base, sólo le da al egresado un acúmulo de conocimientos que sabrá aplicar más o menos bien, de acuerdo con los sistemas que ha aprendido. Si es médico procederá como los curanderos, diferenciándose de éstos tan solo porque su fuente de información se acerca más a la realidad, pero como ellos aplica empíricamente ciertos principios que tiene por verdaderos. El egresado que al salir de las aulas sólo posee el sistema de conocimientos clásicos en su tiempo, posee sólo un saber fragmentario que pronto está atrasado y fuera de época, pues los descubrimientos se van acumulando cada vez con ritmo más acelerado. El egresado de una escuela médica necesita en serio ser fisiólogo, patólogo, etc., y para esto no es necesario que tenga vastos conocimientos en estas materias, bastará que conozca los hechos fundamentales, pero debe dominar su método para ir después formando su criterio con sus observaciones, sus lecturas y su experiencia ulterior.

En ninguna de las escuelas médicas que el autor conoce, se enseña sistemáticamente, a sabiendas. En muchas se hace por deficiencia y en cuanto se percibe este defecto, se trata de remediar. Esto se debe a que «los adelantos modernos en la medicina, como en otros campos, han dado por resultado la aceptación general del principio que un adiestramiento eficaz sólo puede procurarse donde hay actividad científica original» (19).

(18) ORTEGA Y GASSET, *loc. cit.*

(19) FLEXNER, A. *Medical Education.*

Un grupo de profesionales especialmente importante para la vida del Estado, es el de sus colaboradores inmediatos, el personal de la administración de gobierno. En los países mejor gobernados la puerta de entrada principal al Servicio Civil es la universidad; sin un título universitario que acredite la competencia es difícil llegar a las altas jerarquías, porque este título significa la posesión de conocimientos especiales para el desempeño del cargo. Nuestro país aún no ha llegado a ese grado de desarrollo, la puerta de entrada principal para entrar a la administración es el comité político; los servicios electorales, la adhesión a un caudillo, constituyen los mejores medios para progresar en la carrera administrativa. Por eso no se tiene el concepto de que el empleado público debe servicios al Estado, sino que éste le debe su empleo en pago de los servicios que prestó y presta al caudillo. La formación del Servicio Civil con servidores educados en una universidad, es decir con conocimientos técnicos especiales y la capacidad y el hábito de razonar por cuenta propia, asegurará no sólo una buena administración de gobierno, sino también dará un golpe de muerte a esa forma de corrupción que algunos han llamado «política criolla», agravando gratuitamente el nombre de criollo, porque se conocía mucho antes de que los criollos existieran. En la primera mitad del Siglo XVIII, antes de que «la política» hubiera llegado a nuestras tierras, Walpole gobernó a Inglaterra durante 26 años por medio de un sistema de corrupción a base de dádivas de cargos públicos, afirmando que éste era el único medio prácticamente eficaz.

La enseñanza sistematizada de «las grandes disciplinas culturales» sólo producirá diletantes a la merced de todas las novelorías o espíritus encastillados en el sistema aprendido y cerrados a ulteriores progresos. La enseñanza profesional sistematizada, la enseñanza *ad hoc*, lleva al estancamiento en la técnica y produce cuando más un

técnico hábil pero inculto, el técnico bárbaro, tipo tan combatido por el mismo Ortega y Gasset. La Universidad prepara sus hombres cultos por el arduo camino de la técnica. Cuando ha enseñado a dominar una disciplina hasta el punto de manejarla a voluntad y utilizarla como instrumento para penetrar en lo desconocido, ha provisto al alumno de la técnica del pensamiento original. Esto sólo se alcanza por medio del aprendizaje y el entrenamiento científicos. El hombre así preparado es culto, pues es capaz de pensar por cuenta propia; es técnico, pues posee una técnica y la puede aplicar en el ejercicio profesional. La enseñanza universitaria es así un conjunto integrado y es absurdo pretender separarla en sus distintas partes, aquí enseñanza profesional y técnica, allá investigación científica.

La universidad cumple así su misión de adiestrar profesionales, hombres aptos para el desempeño de una actividad de utilidad inmediata, persiguiendo su fin principal, sin apartarse de su misión trascendente, la búsqueda de la verdad. En un ambiente saturado de la pasión de la verdad y dedicado activamente a su culto, existe la atmósfera propicia para el florecimiento de aquellas condiciones que pueden denominarse de salud intelectual y ese vigor del intelecto de sus hijos, es lo que les permite desempeñar con plenitud sus múltiples funciones en la sociedad.

Cuando la universidad hace traición a su clerecía⁽²⁰⁾, cuando se limita casi exclusivamente a producir profesionales, a conceder títulos que autorizan a ejercer un oficio, con frecuencia reservado a quienes ostentan ese diploma, deja de ser una universidad, se reduce a una escuela técnica con pretensiones. Sus graduados podrán tener conocimientos técnicos, pero carecen del espíritu y de las características intelectuales propias del universitario; la honesti-

⁽²⁰⁾ BENDA, J. *La trahison des cleres*.

dad intelectual, el hábito del esfuerzo mental están reemplazados por una vanidad ridícula, cuando no por un orgullo satánico. Cuando la universidad se rinde al culto de otros dioses que no sean la verdad, puede temerse «el fin de lo eterno»⁽²¹⁾, la iniciación de una nueva edad oscura en la cual la fuerza bruta predomina y no brille ya la luz del pensamiento, pues la universidad tiene por función trascendente el mantener viva su llama.

JUAN T. LEWIS.

(a) «La Prensa», en sus ediciones de los días 25, 26, 27 y 28 de marzo publicó una serie de comentarios a esta disertación. En partes no se han interpretado bien las ideas expuestas y hasta a veces parecía que hubiera diferencias de criterio entre el comentarista y el disertante, donde en realidad había una coincidencia de opinión. Con el objeto de precisar mejor y dejar más en claro las ideas se ha creído conveniente agregar unas cuantas notas, sugeridas por estos comentarios.

(b) «La Prensa» del 25 de marzo dice: «No creemos aventurado interpretar que, si bien la disertación no lo consigna categóricamente, la variedad a que conduciría «el desarrollo armónico de cada personalidad» no es incompatible con cierta uniformidad en principios fundamentales». La frase del texto establece categóricamente que no puede haber comunidad si no hay ideas y costumbres en común.

(c) «La Prensa» (25. III) «Concedió el conferenciante que la enseñanza sea en parte doctrinaria — manera de formar «un tipo dado» — pero no cree que tal género de instrucción quepa en la escuela primaria». Por el contrario, si se admite, como en el texto,

(21) BENDA, J. *La fin de l'éternel*.

que es imposible hacer una enseñanza *absolutamente* imparcial, se admite que debe ser en parte doctrinaria. Es en la escuela primaria y en menor grado en la secundaria, donde se puede y se debe impartir al educando aquellos hábitos de conducta y de pensamiento que son indispensables para la armonía social.

(d) «La Prensa» (25. III) interpreta estas frases como de un «escepticismo absoluto respecto a la capacidad del niño para aprender racionalmente». Dado el laconismo con el cual se ha expuesto la tesis, es explicable tal interpretación. No es esa la opinión del autor, ni podría serlo, pues la observación en sus propios hijos le ha demostrado lo contrario. En la niñez se aprende principalmente en forma intuitiva y aceptando, sin crítica, las afirmaciones de los mayores, pero también se razona. He aquí un ejemplo: Uno de mis hijos, de 6 años, había construido con unos palillos «Tinkertoy» una mariposa. Le pregunté si lo había copiado de un libro de modelos que tiene, me dijo que no y se desarrolló el siguiente diálogo: «Por qué la has hecho así?», «Porque la mariposa es así», «¿Y como lo sabes?», «Porque yo cazo mariposas y me he fijado como son». Luego contestó correctamente mis preguntas sobre el número de patas y alas y otras características de las mariposas y otros insectos. Conocía porque había observado y sabía que su conocimiento se basaba en la observación, todo lo cual constituye un proceso puramente racional. Pero en la niñez esos destellos de razón no forman un continuo, en esa edad la vida del pensamiento es la vida de la imaginación y del sentimiento y, en gran parte, del deseo, casi podríamos decir la pasión, de «poder». Si se habla a la razón del niño directamente, pocas veces se llegará a ella; para hacerlo es necesario seguir el camino de los sentimientos y de la imaginación. Gradualmente este proceso despertará la razón y se podrá ir hacia ella en forma más directa y con mayor frecuencia hablar, sin adulteración, el lenguaje puramente racional. No hay pues esa contradicción que «La Prensa» señala en su comentario del día 26 de marzo. La enseñanza primaria inicia la educación intelectual paralelamente con la educación moral, pero no deja completa ni una ni otra. En condiciones primitivas y de gran necesidad se puede, por razón de fuerza mayor, abandonar al niño a sus propios medios a los 12 años y decir que se han cumplido ciertos fines (véase más abajo). Pero una sociedad civilizada no puede satisfacerse con esto. Así ha ocurrido en los países más evolucionados, donde se

ha prolongado la edad escolar y está muy generalizada la enseñanza secundaria, aunque en ninguna parte se ha llegado al desideratum de hacerla extensiva a casi toda la población. Sólo al final de la enseñanza secundaria se ha completado un ciclo educativo; la formación moral debe ser completa; lo que no se ha hecho hasta entonces en este sentido, no se podrá hacer después en la Universidad; la formación intelectual debe ser tal que la inteligencia haya adquirido ese grado de madurez que le permite llegar a ser culta. Abandonar al niño antes de esta edad es renunciar a su educación integral. Eso se hace en nuestro país con la inmensa mayoría por razones de fuerza mayor, pero debe despertarse la idea de que es un mal y que se debe remediar. La Universidad completará otro ciclo de la educación, esta vez, intelectual solamente. El estudiante llega a las aulas universitarias, núbil, es decir, entrando a la adultez; pretender cambiar su estructura moral y afectiva es tentar un imposible, pues ya está fijada; la Universidad le podrá inculcar hábitos intelectuales, pero no podrá inculcarle hábitos morales ni sentimentales.

(e) En «La Prensa» del 26 de marzo se comentan vuestras observaciones sobre el concepto del hombre culto y se exponen ideas que tal vez aclaren y precisen las que aquí se desarrollan. El párrafo final dice: «De esta cultura sustancial y formal, a la vez obra de la instrucción y de la educación simultáneas y solidarias, afirmó el disertante en la Universidad del Litoral que «es semejante a la fe, desde que es una convicción sobre el valor de las cosas». Es evidente que no es este nuestro concepto de la cultura, sino que atribuimos esas características al concepto de Ortega y Gasset, que no encontramos tanto oscuro, ni ambiguo, cuanto erróneo. Los párrafos siguientes de nuestro discurso están dedicados a combatir esa idea y a dejar sentado que la cultura es un atributo de la inteligencia y que la inteligencia culta se caracteriza por la independencia de juicio.

Todo el comentario de «La Prensa» del día 27 se refiere a un asunto de gran trascendencia sin duda, pero que no se aborda en esta disertación.

(f) En «La Prensa» del 28 de marzo, se nos atribuye la opinión que la Universidad sólo debe ocuparse de la investigación científica. El comentario termina con la siguiente frase a manera de rectificación de los conceptos vertidos en nuestra disertación: «Hay que persistir en el doble cometido tradicional de la Uni-

versidad: difundir, por la docencia, el saber acumulado por obra de las generaciones que se civilizan incesantemente y ampliarlo y depurarlo y engrandecerlo, conquistando, en procesos investigadores, nuevos conocimientos». La lectura de las páginas siguientes convencerán ampliamente al lector que no es nuestra la opinión que se nos atribuye. La misión de la Universidad no es exclusivamente la investigación científica, sería absurdo sostenerlo. Pero es una de las ideas fundamentales desarrolladas en este discurso y una convicción profunda y fundada de quien lo ha escrito, que la enseñanza universitaria debe utilizar como método didáctico el de la investigación científica. No se debe confundir una y otra cosa. La universidad tiene por misión preparar no sólo investigadores, sino también profesionales y hombres ilustrados que puedan servir a la sociedad en múltiples capacidades. Pero sólo puede prepararlos adecuadamente por el entrenamiento en el planteo y la resolución de problemas y en la percepción del valor de la solución hallada y de sus fundamentos. Este es el método de la investigación científica y es el único que permite el desarrollo intelectual que debe caracterizar al universitario.

